

## ANTONIO MACHADO POETA DE TRASMURO SEGÚN JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Francisco Estévez  
Universidad Carlos III de Madrid

Con la *Elegía cívica* Rafael Alberti descendió a la calle en 1930 para hacerse eco de una realidad dolorida y con aquella clara toma de conciencia brota la poesía comprometida. Más tarde, casi en la antesala de la Guerra Civil, unas palabras liminares redactadas por Pablo Neruda para el primer número de *Caballo Verde para la Poesía* se convirtieron en el manifiesto que marcó una tajante división (“Por una poesía sin pureza”). Simplificaciones añadidas, al otro lado quedaban los practicantes de una “poesía pura”, tildados de una sospechosa posición política e ideológica por ajena o desafecta a los agitados momentos nacionales. Sabedor de tal malinterpretación, Juan Ramón Jiménez ideó un futuro libro para el que recopilaba material, *Guerra en España*. Sólo en 1985 y de la mano del poeta Ángel Crespo conoció finalmente publicación el enrevesado proyecto autobiográfico de Juan Ramón. Este clásico hace ya tiempo descatalogado se revisó en 2009 bajo el atento cuidado de Soledad González Ródenas y se convirtió, con el gran aumento de material en buena parte inédito, en edición completa<sup>1</sup> (el volumen que preparara Crespo menguó mucho por problemas editoriales)<sup>2</sup>.

En el grueso libro, Juan Ramón recoge sus múltiples muestras de adhesión sin reservas al Gobierno de la República así como el poema a la “Bandera española” dedicado a la tricolor con el que felicitaba al nuevo régimen tan sólo tres días después de su proclamación. Antes de la contienda el delicado poeta firmó diversos manifiestos izquierdistas, y en los primeros días de la guerra convirtió su casa madrileña en hospicio infantil. Mostró apoyo constante al presidente de la República, Manuel Azaña, quien le brinda como testimonio moral, con garantía de independencia, todas las facilidades para su exilio —siempre honorarias según deseo del autor—. Deambuló como giróvago por Estados Unidos, Puerto Rico, Cuba, Argentina, Uruguay, “desterrado [y] deslenguado” (63) por la merma de su español, nuestro poeta de *Obra en marcha*. Su nombre presidió varios alegatos a favor de la República, pero no el de la Liga Antifascista; entendía que entre sus miembros había reconocidos fascistas. Además, rompió contrato con Espasa-Calpe Argentina en su posición invariable de adicto al Gobierno de la República Española al rescindir ésta contratos con autores leales a la República y rechazó el sillón de la Academia en dos ocasiones, en el año 1935 y en el año 1946.

El tópico repetido *ad nauseam* de un Juan Ramón ajeno a su tiempo y espacio confunde su lirismo atemporal con su persona: “La poesía como todo lo esencial es eterna, no se modifica con las circunstancias” (47). Para ello ideó este libro con su “intervención de hombre y poeta en la política de su España, unida a mi trabajo normal [...] Por eso: las conferencias, prólogos, diario, etc., todo lo que no sea lírica o prosa abstracta”, inclusive epistolarios, fotos, recortes de prensa; en resumen, “todo lo que esté teñido de España” y otros testimonios, como la hermosísima semblanza de Antonio Machado o los detalles sobre el allanamiento del piso de Madrid, son elementos que hilan un abigarrado tomo imprescindible por donde la auténtica memoria histórica late entre sus lomos, frente a otra manoseada y servil de estos tiempos.

<sup>1</sup> Dicha edición fue presentada en el marco del Otoño Cultural Iberoamericano, en Huelva, el 30 de octubre de 2009.

<sup>2</sup> El libro fue reseñado en su día por Adolfo Sotelo, “*Guerra en España* de Juan Ramón Jiménez”. *Cuadernos hispanoamericanos* 420 (1985): 149-153, José María Naharro, “Juan Ramón Jiménez: *Guerra en España*”. *Hispanic Review* 55, 1 (1987): 121-123 y Francisco Estévez, “Juan Ramón Jiménez: *Guerra en España. Prosa y verso (1936-1954)*, *Los Lunes de El Imparcial*, 08 de enero de 2011.

Ahora nos interesa indagar en las referencias a Machado que menudean el libro *Guerra en España* ya que no acaso es con diferencia el nombre más recurrente entre dichas páginas<sup>3</sup>. El texto de mayor trascendencia de aquellas páginas es “Antonio Machado. Ente de trasmuros” y está redactado por Juan Ramón en La Florida al poco de conocer la noticia de la muerte de Machado. La semblanza quedó entre los papeles secretos de Puerto Rico bajo la custodia de Ricardo Gullón. Tras la muerte del profesor, esos papeles fueron exhumados y tijeateados el año 2002 en las hojas volanderas del suplemento *El Cultural*<sup>4</sup>. Habrá de esperar a 2009 para ser recogido con pequeñas modificaciones y ya entero en la edición completa de *Guerra en España* antes citada. Debido al extraordinario valor del legado y por tenerlo a golpe de vista transcribimos el texto íntegro:

Antonio Machado. Ente de trasmuros

En la Florida lunes de sol y viento de febrero, bajo bochorno, escalofrío, entre las acrobáticas palmeras involuntarias (y cuando escribía una nota iniciando una suscripción, por los refugiados españoles en la frontera de Francia) leo la noticia de su muerte.

Estamos en una ex-España bien y mal hallada un día, mal y bien dejada otro, por España, cerca de la primera ciudad española de esta América del Norte, en una casa de obreros holandeses[,] hoy norteamericanos, escondida en una paz que me recuerda a Andalucía. La brújula que tengo siempre conmigo, desde que salí de Madrid, el 36, para saber siempre, en esta desorientación de tierras y seres confundidos y superpuestos, en este revés de España que es América, donde está España, tan inquieta siempre, parece que ha quedado muerta en su seguro y súbito señalar al nordeste. Una sombra de todo el tamaño de un gran poeta grande llega por este noroeste,[sic] del mar desde el Pirineo hasta mí. Mi corazón, que tuvo una disminución fría[,] escalofrío[,] al leer la noticia sigue volcado con una baja palpitación de velado golpe fúnebre.

Vi a Antonio Machado por vez primera en Madrid, 1901. Me lo trajo Francisco Villaespesa al Sanatorio del Retraído, un domingo[,] y siguió viniendo casi todos los domingos con su hermano Manuel, Valle Inclán, etc. ¡Cómo me complazco en recordar y repetir esta época triste y feliz de todos nosotros! Era corpulento, corpachón, sanguíneo y terroso, con algo de grueso troncón acabado de arrancar, y vestía su tamaño con unos ropones negros y pardos, que no se correspondían, chaqué nuevo, pantalón perdido y abrigo viejo, deshechos, equivocados, y se cubría con un chapeo de alas deshechas y caídas, de la época de su nombre. En vez de pasadores, llevaba en los puños del camión unas cuerdecitas, y a la cintura, por correa, una cuerda como un ermitaño de otra clase. Yo no sabía si todo esto era mejor o peor, bueno o malo; en realidad, no me fijé mucho hasta que otros, otras, me llamaron la atención. Sé que así era o parecía Antonio Machado (cuando lo conocí) y que así siguió siendo, poco más o menos, siempre; sé que así era él, que era así de él y con él, que a él no le importaba nada de ese él y nada más.

Nunca me he podido explicar por qué Antonio Machado, que era o parecía sencillo en otras cosas (sobre todo en sus utensilios) hablaba engolado y como fingido, extraño actor de autor, como si siempre estuviera imitando o más bien parodiando a un ente de trastienda. ¿Hubo en su familia alguien que él copiara? ¿Su palabra sentenciosa y pedantesca era en realidad la de Mairena?

<sup>3</sup> Una rápida consulta al índice onomástico permite comprobar como la figura más citada en el libro es la de Antonio Machado. Hasta un total de 71 menciones recibe el poeta andaluz, algunas de ellas de varias páginas

<sup>4</sup> Las cuartillas de Puerto Rico, inéditas hasta aquella fecha sólo recogieron por entonces una atinada nota de reflexión sobre su sobresaliente valor y alcance redactada por José Luis García Martín “La cólera del niño Dios”, *El Cultural*, 3 de julio de 2002, 3. González Ródenas atribuye por error dicha publicación al periódico *ABC* y lo data también con desacierto el 8 de julio (439).

¿Mairena y él eran dos? De todos modos parecía que no usaba su voz verdadera o que su voz verdadera fuera así. Recitando parecía un cómico de latiguillo y echaba la voz al fondo de la garganta pronunciando de modo diferente a la realidad. Siempre me extrañó la admiración que sentía por el empachoso y empolvador Ricardo Calvo, hasta el extremo de traérmelo para que me leyera bien mis propios poemas.

Estas recitaciones las acompañaba con jestos lentos e hinchados. En su ir y venir era *tórpido* y *tropezón*, y cuando llegaba o se iba, solía echarse atrás con un levantar de pie pesado, como saludando hacia arriba, típico de los institucionistas de la libre de enseñanza.

Una noche de invierno, calle de Serrano arriba, íbamos Machado y yo hablando de Rubén Darío. De pronto, nos encontramos recitando los dos, al mismo tiempo, “Cyrano en España”. Yo creía que no debía dársele al poema otro énfasis que el suyo y que debía decirse con voz entera y sencilla. Antonio Machado lo recitaba a lo retórico y no me olvido qué impresión más rara me hacía así el poema.

Cuando hacíamos la revista “Helios”, Antonio Machado me trajo un domingo un “trabajo en prosa” incoherente y absurdo, inconcebible para mí en tal poeta, en el que quería demostrar, ampulosa y conceptualmente, que la mejor manera de encontrar a Dios era por medio del toreo. Unamuno había, sin duda, provocado una parte del trabajo, la parte del concepto extravagante, pero lo del toreo ¿de dónde venía? Yo pensaba no publicarle el artículo y él me sacó de apuros porque a la mañana siguiente, sereno y ayuno, vino por él.

A mi juicio su prosa no era superior a su verso, pero se le notaba más la inferioridad. Su prosa está tratada *a la pata la llana* y tiene el aburrimiento que corresponde a un empacho ancho sobre lecturas. Me recuerda en otro tono a la prosa de Claudel, dogmática y notarial. Un humorismo profesoral y provinciano domina su sentenciar continuo, que no puede a veces librarse de maravillosos oasis de estraña visibilidad y clarividencia.

Sus poesías, pocas y raras, nos parecían a todos lo mejor. Todos decíamos que era poeta estraño, huraño, filosófico, profundo. Y lo decíamos como una cosa decidida y aparte. Antonio Machado el raro y yo el esquisito. Villaespesa era, él lo decía a cada paso, el gran poeta del grupo. Manuel Machado, era general, considerado por la crítica superior a Antonio. En aquellos días, componía Antonio Machado “Del camino”, poemas entre *Galerías*, *espejos*, *soledades*, que yo ya sabía entonces que habrían de ser inolvidables para mí, entre todos los suyos y los nuestros, y que lo han sido, que eran y que son como la esencia remota, original, central de su alma, agua secreta de un pozo olvidado, con su solitario espejeo de luz y sombra, inéditos, con su bastarse a sí mismo, como decía el niño de Guillén, en un trasmuro de la ciudad asilo, Madrid grandote y desviado.

El verso de Antonio Machado era, es, como se ha dicho siempre con rara unanimidad, tradicionalmente español aún en los momentos de mayor influencia del simbolismo francés o de Rubén Darío. Antonio Machado gusta más del asonante que del consonante y su metro mejor es la silba asonantada. El romance octosílabo lo usó poco y mal. En cambio, mucho el octosílabo aconsonantado. El alejandrino pareado lo considero lo más desdichado de su obra. Sus tesoros mejores siempre le salen en endecasílabos sencillos. Su poesía recorre toda una línea de poesía española llana y sensitiva, con altibajos de un paseante de campo sin cultivo, (Manrique, Lope, Sem Tob, Cervantes y también Campoamor y Bartrina; como estos poetas también, no estima la perfección, otra condición de la poesía general española). La influencia de sus contemporáneos pasa por él, con la excepción de Unamuno, sin él quererlo, Darío, J.R. Es como la flor contemporánea crecida o rastrera, oculta o alta, mejor o peor de un campo de poesía abonado por

los cuerpos de los poetas humanos y creado por las alas de los ángeles divinos. No parece que mire mucho al cielo. Su dios, como el de Santa Teresa en los pucheros, anda, como el de Unamuno, entre las tazas de café y los vasos de cerveza, que Unamuno no bebía, de los modestos cafés madrileños o provincianos y parece que lo ve de soslayo. No creo que Antonio Machado entrase mucho en las catedrales o iglesias de los pueblos, Segovia, Soria, Baeza, donde vivió. Sus ideales eran de carretera y, con su paso sudoso y polvoriento parecía que encontraba el ritmo de su corazón. Acaso un espejismo del poniente, una cima nevada lejana, la tormenta. Tampoco un frecuentador de puestas de sol. Y un mar entre místico y dramático, como alumbrado de relámpago, estrañamente metafísico sin escesiva complicación ni comprensión.

No creo que Antonio Machado ni ningún otro poeta, y hablo de los buenos, haya tenido nunca una filosofía, un sistema filosófico, ni se haya propuesto ninguna sistematización. Era metafísico y sentimental, por milagro, por iluminación, un haz de raíces con florecillas al viento imprevisto de la tierra. Llevaba su misterio como el suyo de verdad. En cuanto al ala, no creo que pensara más que en las de las águilas estáticas, por más que su lugar preferido era el alcor, un dominio de horizontes corrientes con todo lo que los horizontes corrientes dicen a los hombres raros. El juego de la luz y la sombra le daba un claroscuro difícil y a veces angustioso y su poesía tiene mucha angustia de angosturas, de pesadilla con lejanas salidas imposibles a planos de luz abierta.

Como Unamuno parece en muchos momentos un poeta portugués: Texeira de Pascoães. Cuando yo vivía en casa del Doctor Simarro, no le gustaba a Antonio Machado venir a verme allí y solía citarme para leerme sus nuevos poemas en el Café de Gijón, Paseo de Recoletos.

Una tarde me dijo, con gran secreto, que iba a leerme un poema, que iniciaba una nueva visión suya de las cosas. Sacó cuidadoso un papel doblado de su bolsillo y al abrirlo en vez de poema, había un agujero. Se quedó atónito, más que yo. Se lo había comido. Yo sabía, por los libros que le prestaba, que él roía el papel, pero en los libros lo que roía eran las márgenes hasta dejarlos como países de abanico. Pero en su poema se había comido el poema.

Cuando me mandó a Moguer (1912) *Campos de Castilla*, tuve una estraña sensación de malestar. El libro, por fuera, era ya seco y pardo y al hojearlo me parecía como si Antonio Machado se hubiese pasado de una España interior, de ritmo invisible a una demasiado visible, demasiado palpable, casticista, es decir, convenida y de mayoría.

Una raíz, una reciedumbre, una raigambre, una manquera, que iban bien con la voz engolada aquella que no servía para su otra poesía. Esta poesía y esta voz le trajeron una celebridad mayor y triste para mí. Y lo que yo quería de Antonio Machado era el río interior de su juventud, aquella fuente profunda y misteriosa que era, sin duda, lo que correspondía a la voz sencilla y natural que no le oía nunca.

Esta poesía y esta voz le trajeron una celebridad mayor y triste para mí. (439-444)<sup>5</sup>

Una nota escondida en los diarios de Zenobia nos permite conocer la historia íntima que entreteje la redacción del sentido texto por parte de Juan Ramón y da cuenta de los intentos frustrados del poeta por salvar a Machado de la guerra civil con excusa de una invitación profesional a la Universidad de La Habana.

---

<sup>5</sup> González Rodenas cambia el orden de aparición de la frase “Como Unamuno parece en muchos momentos un poeta portugués: Texeira de Pascoães”, además de incorporar la frase final del texto. (443-444)

El correo nos trajo carta de Inés [Muñoz] y los dos primeros números de La Prensa que nos han llegado directamente. JR acababa de dictarme un llamamiento para comenzar una suscripción en “La Prensa” a favor de los intelectuales que sufren en los campos de concentración de Francia, cuando al abrir el periódico dejó caer la cabeza con pena al enterarse de la muerte de Antonio Machado. Con lo que había intentado que lo invitaran a la Universidad de La Habana, pero los más jóvenes, José Gaos en particular, que fue el primero en beneficiarse, no quería tener nada que ver con los mayores (solamente con los de su generación) y prevaleció su opinión sobre la de JR. Ahora era más grande su dolor por no haber podido ayudarle. Quizá se hubiera salvado. Pero como dice JR: “Ha sido una muerte noble, acorde con su vida –sobre todo física- esforzada y lastimosa”. Me parece que, a ratos, había algo de envidia en los pensamientos de JR en cuanto a su muerte. (20-21)

El subtítulo de la nota dedicada a Machado bien puede relacionarse con los textos “En los trasmuros del mundo” y “El ente de un perfil” compuestos por Juan Ramón en 1936 durante su estancia en París (Jiménez: 439). El estudio de las relaciones entre Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez fue iniciado por Ricardo Gullón<sup>6</sup> en un conocido estudio antepuesto a un conjunto de cartas y otros textos misceláneos de ambos poetas (1964). La síntesis de aquel trabajo es reforzada en este “Antonio Machado. Ente de trasmuros” pues en efecto la universalidad de Machado “coincide con Juan Ramón, y de ello tuvo lúcida conciencia, pero no en el provincianismo, ni siquiera en el castellanismo, pues el segundo discrepaba instintivamente de estas aproximaciones a lo tradicional y castizo de la patria” (6). Tal valoración con cierta carga negativa hacia parte de la obra de Machado arranca en el poeta de Moguer en 1912 cuando recibe *Campos de Castilla*, cuya lectura le produce un malestar profundo al contemplar el cambio de orientación hacia el casticismo<sup>7</sup> de Machado: “El libro, por fuera, era ya seco y pardo y al hojearlo me parecía como si Antonio Machado se hubiese pasado de una España interior, de ritmo invisible a una demasiado visible, demasiado palpable, casticista, es decir, convenida y de mayoría” (Jiménez: 443-444). La renuncia a esa poesía que “iba por dentro” como acertó a definir Rubén Darío implicó el distanciamiento entre ambos, agravado por ciertas afirmaciones de Juan de Mairena, y ya manifiesto en una nota transcrita por Gullón en la que Juan Ramón Jiménez afirma

¡Qué lejos estaba Antonio Machado de pensar, cuando me escribió esta carta, que pocos años después se saldría de sus espejos, galerías, sus laberintos maravillosos, mezcla confusa del simbolismo y de Bécquer, para enseñar francés con énfasis doctoral; para cantar los campos de Castilla con descripción excesiva, anécdota constante y verbo casticiero; para aceptar un sillón en la Real Academia Española; para pasar de la inmensa minoría a la castuoría inmensa! (Gullón: 15)<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Sobre la valoración de ambos poetas en conjuntos resultan imprescindibles todavía hoy los trabajos de Urrutia, *Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez: la superación del modernismo*. Madrid: Cincel, 1980 y Senabre, *A. Machado y J. R. Jiménez: poetas del siglo XX*. Madrid: Anaya, 1991.

<sup>7</sup> Y probablemente llevara razón. El Machado de *Campos de Castilla* no resulta hoy el de mayor interés. La antagónica atracción que experimenta Machado por España es resumida en la siguiente declaración: “Tengo un gran amor a España y una idea de España completamente negativa. Todo lo español me encanta y me indigna al mismo tiempo” *Autobiografía* entregada en 1913 a Azorín y publicada por Francisco Vega Díaz en “A propósito de unos documentos autobiográficos inéditos de Antonio Machado”, *Papeles de Son Armadans*, 54, 160-162 (1969), 49-99, 165-216 y 295-328.

<sup>8</sup> Resumen de la evolución de esta postura crítica por parte de Machado y la valoración de Juan Ramón se puede ver, por ejemplo, en Alan Trueblood, “Posturas constantes en la expresión poética de Antonio Machado”, *Actas del VI Congreso Internacional de Hispanistas*, Alan M. Gordon y Evelyn M. Rugg (eds.). Toronto: University of Toronto, 1980: 745-74. De notable valor es el trabajo de Senabre “Sobre la poética de Antonio Machado”, *Poética e Historia Literaria*, Rogelio Reyes Cano y Manuel Ramos (eds.). Cádiz: Jiménez Mena (1990): 57-72.



En efecto Juan Ramón siempre prefirió las Galerías, las hermosas canciones de su juventud o los últimos poemas de Abel Martín antes que sus *Campos de Castilla* (Jiménez: 607). Juan Ramón ya había dado cuenta en julio de 1921 de dicho cambio el cual, a la postre, no implicaba una minusvaloración de la obra anterior del sevillano, muy al contrario:

Antonio Machado, este [falta una palabra] de poesía, se anduvo siempre buscando, y antes se encontraba siempre. Ahora se ha perdido a sí mismo. ¿Dónde se ha perdido a sí mismo, en Baeza, en Soria, en Segovia, en Madrid? Pero ya se encontrará, y si no se encuentra más, ya se ha encontrado bastante. (Gullón: 16)

La respuesta que escribe a Bergamín a modo de prólogo más adecuado a las *Obras completas* de Antonio Machado es, sin duda, la valoración más extensa que realizó Juan Ramón (Jiménez: 650-658). En ella distingue tres Machados, siendo el más vulgar, filosófico y sentencioso el de *Campos de Castilla*<sup>9</sup>. Sea como fuere y aunque ello produjo cierto enfriamiento de la amistad, nunca perjudicó “la mutua estimación entre ellos” (Conde: 11). La sustancial afinidad que une a Juan Ramón Jiménez con Antonio Machado tiene máxima expresión en un muy curioso y significativo texto. En el profundo deseo de reconocerse semejante, el poeta moguerense redactó una necrológica de su propia muerte donde a imitación de Machado afirma haber muerto el 18 de julio de 1936. Para mayor paralelismo el lugar de fallecimiento es Font Romeu, un pueblecito al sur de Francia y no distante a Colliure.

K.Q.X.<sup>10</sup>

Murió y fue enterrado en Font Romeu, Francia

El 18 de julio de 1936

A los 48 años.

Su viuda

Zenobia Camprubí Aymar

Comunica la desgracia

A sus amistades. (717)

Recordemos por un momento las palabras de Zenobia “Me parece que, a ratos, había algo de envidia en los pensamientos de JR en cuanto a su muerte”. Podría atisbarse la comprensión de este celo si consideramos otro texto trascendente de Juan Ramón sobre Machado:

Y es frecuente oír y leer cosas como éstas, exaltando siempre la *hombria*, *lealtad*, etc. De A[ntonio] M[achado] y otros y bajando la mía.

Siempre ocurre lo mismo. Los verdaderamente libres no se asocian con otros que los encumbren.

Y siempre la leyenda exalta al bajo y baja al alto, porque le bajo se encarga de alzarse y el alto no se preocupa de su puesto.

Juan Ramón nunca soportó la perversa comparación entre su persona y la de Machado por la cual se destacaba el compromiso con la República del poeta sevillano, menguando para ello su valor artístico, frente a la falaz idea del Juan Ramón esteta, ausente de la realidad. Para el moguerense dicho juicio encubría un deseo de aminorar el valor de la poesía de ambos autores. Y a pesar del sentimiento ambivalente que según los períodos de su vida tuvo hacia Machado, el valor de la obra del poeta sevillano

<sup>9</sup> Aparece con el título “Un enredador enredado” por vez primera en Cuadernos Americanos, 16, 4, (1944): 196.

<sup>10</sup> Las siglas son el pseudónimo utilizado por Juan Ramón en un proyecto truncado y en algunas de sus cartas. La necrológica de uno mismo fue un recurso ya utilizado en 1934 por Juan Ramón para señalar con notable significación el distanciamiento respecto a sus discípulos más cercanos: Pedro Salinas, Dámaso Alonso y José Bergamín.

y la trascendencia ética de su figura resultaron para Juan Ramón inequívocas. Tajante muestra de ello da alguno de los papeles de La Florida:

#### ANTONIO MACHADO

Un poeta no es grande o pequeño ni mayor ni menor por los temas ni por los metros, ni por la longitud, sino por la [falta una palabra] en que se mueve.

Francisco Luis Bernárdez, poeta de gran talento, escribió al morir A.M., que era un gran poeta menor. ¿por qué grande y menor? ¿Quería decir que era grande por la emoción y menor por la zona o por la cantidad de obra?

No, eso no es así. F.L.B. El poeta no ha escrito (Las [palabra ilegible]); citaré los títulos de los mejores: Iris de luna, de hierro, frío, limón, etc.; es un gran poeta mayor y lo seguirá siendo mientras haya poetas que lean poetas (Gullón: 24-25)

Aunque Gibson no lo subraye en su biografía sobre Antonio Machado (2006), el poeta siempre se esforzó en señalar su apoyo a la República en base a su legitimidad. Tal hecho fue recordado por Juan Ramón con acierto de manera constante. Además, apreció con acierto y sin tapujos el largo alcance de las rimas de *Soledades* o la metafísica de Abel Martín, hasta el punto de poner, siquiera de manera simbólica, su tumba cercana a la de quien consideró el “gran poeta mayor”: Antonio Machado.

#### OBRAS CITADAS

CAMPRUBÍ, Zenobia. *Diarios, 2. Estados Unidos (1939-1950)*. Madrid: Alianza-Universidad de Puerto Rico, 2006.

CONDE, Carmen. “Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. Notas a su lectura”, *ABC*, 2 de septiembre de 1980, 11.

JIMÉNEZ, Juan Ramón, *Guerra en España. Prosa y verso (1936-1954)*, introducción, organización y notas de Angel Crespo. Barcelona: Seix Barral, 1985

*Guerra en España. Prosa y verso (1936-1954)*, Edición de Ángel Crespo, revisada y ampliada por Soledad González Ródenas. Point de Lunettes. Sevilla, 2009.

ESTÉVEZ, Francisco, “Juan Ramón Jiménez: *Guerra en España. Prosa y verso (1936-1954)*”, *Los Lunes de El Imparcial*, 08 de enero de 2011

GARCÍA MARTÍN, José Luis. “La cólera del niño Dios”, *El Cultural* (2002): 3.

GULLÓN, Ricardo. *Relaciones entre Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez*. Pisa: Università di Pisa, 1964.

GIBSON, Ian. *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*, Madrid: Aguilar, 2006.

MACHADO, Antonio. *Poesía y prosa: introducción*, ed. de Oreste Macrí y Gaetano Chiappini, Madrid, Espasa-Calpe-Fundación Antonio Machado, 1989.

NAHARRO, José María. “Juan Ramón Jiménez: *Guerra en España*”. *Hispanic Review* 55, 1 (1987): 121 – 123.

SÁNCHEZ BARBUDO, Antonio, *Los poemas de Antonio Machado. Los temas. El sentimiento y la expresión*, Barcelona, Editorial Lumen, 1981.

SENABRE, Ricardo. *A. Machado y J. R. Jiménez: poetas del siglo XX*. Madrid: Anaya, 1991.

“Sobre la poética de Antonio Machado”, *Poética e Historia Literaria*. Rogelio Reyes Cano y Manuel Ramos (eds.), Cádiz: Jiménez Mena (1990): 57-72.

SOTELO, Adolfo. “*Guerra en España* de Juan Ramón Jiménez”. *Cuadernos hispanoamericanos* 420 (1985): 149-153.

TRUEBLOOD, Alan S. “*Posturas constantes en la expresión poética de Antonio Machado*”, en *Actas del VI Congreso Internacional de Hispanistas*, Alan M. Gordon y Evelyn M. Rugg (eds.). Toronto: University of Toronto, 1980: 745-74

VEGA, Francisco. “A propósito de unos documentos autobiográficos inéditos de Antonio Machado”, *Papeles de Son Armadans*, 54, 160-162 (1969), 49-99, 165-216 y 295-328.

URRUTIA Jorge. *Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez: la superación del modernismo*. Madrid: Cíncel, 1980.